



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECAHO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14140

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptes.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 6 DE MARZO DE 1909

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Loreta, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jolla, 21, rue de Valenciennes.

Procesiones

Cuando la tierra es fértil fructifica la semilla; una idea simpática, provechosa, útil, se convierte en realidad bien pronto, si se lanza en un ambiente propicio á acogerla y desarrollarla.

Esto precisamente ha ocurrido con la que nosotros dabamos hace muy pocos días, á la publicidad, respecto á las procesiones de Semana Santa.

Decíamos, que este espectáculo religioso que tiene el privilegio de despertar todos los entusiasmos en nuestra ciudad, debía de realizarse, no solo por no romper la tradición, si no también por lo que viene á beneficiar los intereses de la población.

Pues bien la Federación Gremial de Cartagena, percatada de la solemnidad é importancia que revisten nuestras procesiones, se reunió ayer acordando en principio contrahuir eficazmente á la celebración de las mismas para lo cual conferenciaron anoche con los señores Conesa Balanza y Spottorno, hermanos mayores de las cofradías de marrojos y cartornios respectivamente.

Dichos señores según se nos asegura—dieron toda clase de facilidades á los representantes de los gremios para que estos realicen sus propósitos que reflejan el deseo de toda la población.

Como lo único que se oponía á que las procesiones se celebren es la falta de elementos y estos, no han de escasear actualmente habiendo tomado á su cargo el asunto la Federación gremial, podemos casi asegurar, sin temor de equivocarnos, que este año las procesiones lucirán sus magníficos atractivos por las calles de Cartagena.

LA EXCURSIÓN A CEUTA

El viaje del rey á Ceuta tiene indudable interés en esos momentos en que la cuestión de África despierta la curiosidad de las grandes potencias europeas que tienen aspiraciones en Marruecos.

Ceuta es una posición admirable á la entrada del Estrecho y constituye para España un punto de apoyo de trascendental importancia para los futuros desenvolvimientos de nuestra expansión en el Norte africano.

Con poca esfuerzo, Ceuta podría convertirse en un puerto de refugio para grandes escuadras; y desde luego sería para España el motivo cierto del dominio absoluto del Estrecho.

Cualquier nación que no sea España, incluso Inglaterra, que posee á Gibraltar, necesitaría una poderosa escuadra sujeta á todo género de contingencias para dominar el Estrecho, que es peso obligado del comercio marítimo.

Ninguna escuadra puede mantenerse á la boca del Estrecho sin tener un puerto donde abrigarse; y para ello el de Ceuta, puede, á poca costa, satisfacer holgadamente todas las exigencias.

Esto lo saben perfectamente las grandes naciones que han insinuado repetidas veces el deseo de adquirir, tan importante plaza.

España, con pocos barcos que tengan medios de repostarse y abrigarse en Ceuta, puede tener en jaque á todas las escuadras del mundo reunidas en la boca del Estrecho, que se

quebrantarían por sí mismas, mientras la nuestra estaría, aun siendo menor, en constante disponibilidad.

El ministro de la Guerra acompañará al rey en su expedición á Ceuta, y tendrá ocasión de ver que para el complemento de la importancia militar en Ceuta hace falta constituir dicha plaza fuerte en una base naval de primer orden.

La cuestión del Mediterráneo y a del Norte africano habrán de resolverse á la vista de Ceuta; y ya que España tiene la suerte de poseer esta plaza, está en la obligación de ponerla en condiciones que sea para nuestro desenvolvimiento en Marruecos un inextinguible punto de apoyo.

Si España sabe utilizar á Ceuta, no se podrá hacer nada por Europa en Marruecos, sin nuestra intervención y aquiescencia.

BOLSA DE MADRID

De nuestro servicio particular IMPRESIONES

París y Barcelona envía cambios mejores y nuestro mercado aprovecha la coyuntura para recuperar todo ó casi todo lo perdido ayer.

Hay que reconocer, sin embargo, que el alza es más especulativa que otra cosa, pues el dinero no responde, como lo demuestra la flojedad del Contado

El Interior fin de mes abre á 87 por 100, sube á 87,10 durante la sesión oficial, y pasada ésta se cotiza á 87,25. El Contado en partida se publica á 86,80 y 85, lo mismo los títulos de la F que los de la E; existiendo, por consiguiente, una doble de 32 céntimos con la liquidación, doble á todas luces exagerada y que no puede subsistir.

Los títulos pequeños se tratan á 87,80 y 87,85.

Muy ofrecido el Amortizable 5 por 100, baja de 102,40 á 102,05. En contraposición á éste, el 4 por 100 sube de 94,70 á 94,75 en partida y á 94,95 en pequeños.

El Banco de España sigue cotizando la buena impresión de la Junta y sube hoy 1,50 por 100 más, publicándose á 447. Los demás bancos sostienen sus respectivos cambios con pequeñas diferencias y lo mismo hacen los Tabacos y las Azucareras.

Los francos, firmes, á 11,50 y 45, y las libras, á 28,18.

Bilbao.—Crédito Unión Minera, 570; Banco de Cartagena, 120; Ferrocarril Santander-Bilbao, 107; Papeleras, 73; Meneras, 108,50; Villaodrid, 118; Obligaciones Resineras, 102.

CUENTO DEL SABADO

BUSCANDO CASA

Se empeñó su mujer en cambiar de domicilio, y González no tuvo más remedio que echarse á la calle en busca de casa.

El primer cuarto en cuyos balcones vió papeles, fué un piso segundo de una de las calles más céntricas de la coronada villa; y enterado por la portera de que el dueño vivía en el principal, tiró de la campanilla y un criado le hizo pasar al despacho de su señor.

Era éste un hombre bajo, rechoncho, de mala cara y de peores hechos, como ustedes mismos podrán juzgar.

—¿Qué se le ofrece á usted?—le dijo sin levantarse del sillón en que es-

taaba arrellenado, ni quitarse el gorro que cubría su mal disimulada peluca.

—Se me ofrece,—le contestó González, empujando el tono más humilde que pudo,—enterarme de las condiciones de alquiler del piso segundo de esta casa.

—Como usted asiento, y sírvase contestarme á algunas preguntas que tengo necesidad de hacerle.

—Estoy á su disposición.

—En primer lugar, ¿vive usted actualmente en la corte?

—Si señor; Tabernillas, 80, tiene usted su casa, con permiso de mi casero.

—Entonces, ¿porqué trata usted de mudarse de ella?

—Diré á usted; yo soy casado.

—¡Malol!

—Malo, no señor; me precio de ser un buen marido, aunque me está mal el decirlo.

—No lo digo por eso, sino porque es probable que tenga usted hijos.

—Nada de probable, no señor; es hijo que tengo siete que son el encanto de mi casa... cuando están en el colegio.

—¡Hombrel! ¿Y á dónde vá usted á parar?

—Cuando voy á Cuenca que es mi país, y el suyo si lo quiere, voy á parar á casa de una hermana de leche de mi suegra.

—¿Se está usted burlando de mí, caballero?

—Nada de eso; contesto sencillamente á su pregunta.

—Bien, déjese de rodeos, y dígame porqué pretende mudarse de casa.

—Es un secreto de familia, pero puesto que me obliga usted á revelárselo va usted á saberlo. Mi mujer es muy celosa, mucho, y ahora se le ha metido en la cabeza que la vecina del tercero y yo... ¿comprende usted?

—Sí, sí; adelante.

—Pues bien, porque esta mañana me vió hablando con ella desde la ventana del comedor, precisamente cuando me asomé para preguntarle dónde estaban las Cuarenta Horas, me ha acusado de las cuarenta y hasta ha llegado á decirme que ó nos mudamos de casa, ó se marcha á Cuenca con la hermana de leche de su madre.

—¿Tiene gracia!

—No señor; maldita la gracia que

tiene la tal hermana. En fin, el caso es que no tengo más remedio que dejar mi casa de la calle de Tabernillas, y por eso deseo ver si me acomoda la que usted alquila.

—¿De qué vive usted?

—¡Hombrel! ¿A usted qué le importa!

—¡No ha de importarme! ¿Es usted empleado?

—Sí señor, en la Deuda con doce mil reales, pero la dicha hermana de leche de mi suegra nos dá otros doce mil, y vamos tirando.

—Dijo usted que tenía siete hijos.

—Le diré á usted: dos son de cuatro años, dos de cinco, y tres de siete.

—No me lo explique.

—Ni yo tampoco; quien se lo explica es un óptico de mi calle que atribuye á que usa gemelos mi esposa, el abuso que hace de los gemelos.

—¿Gozan, ustedes, de buena salud?

—A Dios gracias.

—De modo que no estando enfermos á menudo estarán ustedes y los chicos pisando sin cesar los suelos.

—¿Pretende usted acaso que ande mos por el aire?

—No señor, pero un inquilino baldado es el bello ideal de un casero.

González al oír esto estuvo tentado de tirarle cualquier cosa á la cabeza, pero dominándose siguió aguardando aquel aguacero de preguntas.

—¿Tiene usted criado?

—Si señor.

—¿Y acostumbra á ir á la compra con cesta?

—Supongo que sí.

—Esa costumbre es fatal; con las cestas, al bajar y al subir, se arañan las paredes de la escalera, y no hay material que resista ese roce continuo. En fin, si usted me ofrece solemnemente no hablar con ninguna vecina, poner internos á los chicos y apriimir las cestas de la compra, diré á usted las condiciones del alquiler. En primer lugar...

—En primer lugar,—interrumpió González,—¿me acomoda usted, ni su casa, ni hay paciencia que le aguanten. Váyase usted á donde fué el padre Padi...

—¿Y usted á paseo!

—¡Insolentel!

—¡Abur!

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 206

Los bandidos habían concedido á los gitanos. En cuanto á mí, no había sucedido diferencia. Ignora de las leyes y sin tener nación alguna de lo bueno ó de lo malo viendo por todas partes en la naturaleza el abuso de la fuerza sobre la debilidad oí el mundo de las ciudades formado á semejanza del mundo de la montaña.

Sin embargo aquellos hombres me espantaban; me afeaban de ellos cada vez más.

Un día me pasaba según mi costumbre por el paraje más agreste de la tierra mi cabra saltaban de roca en roca y yo saltaba detrás de ella pero á cierta distancia parándome á cada instante para coger una fruta una flor una baya silvestre. De repente oí á mi querida y del compásiera lanzó un bramido de dolor después otro, pero más lejano. luego otro aún torbellino la arrobataba, y que no pudiendo resistir á esta fuerza superior á la suya me llamaba en su socorro.

Me lancé hacia la parte de donde se oía estos gritos: Sonó un tiro á una media milla de mí Vi elevarse el humo por encima de la espesura; corri hacia el ruido y el humo sin pensar siquiera que corría riesgo mi vida aproximándome al paraje donde se había disparado el tiro vi venir hacia mí á mi cabra que se arrastraba ensangrentada herida en la patallia y en el cuello. Pero cuando me vió en lugar de venirme hacia mí retrocedió como

LA REINA TOPACIO

ante la noche que precedió á su muerte. Llegué á la fuerza.

Hice provisiones de carne, que transporté á la gruta; y la anticipé por la noche de la gruta me oculté. La noche en que se había de ejecutar el proyecto de apoderarse de mí, me busaban inutilmente.

La preocupación de mi madre produjo en mí tanta un retiro seguro, inaccesible, oculto, y silencioso de todos.

Los gitanos estaban resueltos á no separarse de mí; y yo estaba resuelta á permanecer inmóvil mientras ellos no partieran.

El ardor en mi pecho se me derramó por las manos al salir de mi retiro. Yo me quedé en la gruta cogiendo algunas frutas silvestres y flores de las rocas vez por la luz de una hoguera de un fuego guía allí.

Una noche cesaron de arder los fuegos. Yo podía ser un ardido para atraerme á alguna otra gruta cubierto y sorprendarme. Pero me quedé en un bosquecillo de mirto desde donde escuché la cabeza dominaba todo el campamento. Allí aguardé el día.

El día me hizo ver desierta la gruta y el camino solitario. Sin embargo, no me separé de la gruta; y volví á mi exploración por la noche. Siempre oscuridad y sin luz.